

Refundar la Vida Religiosa

Javier Uriarte, sj.

§

No cabe duda que el título puede parecer un poco pretencioso, «refundar la vida religiosa», ¿acaso no está bien fundada a partir de la inspiración de los respectivos fundadores?, es más, ¿el Concilio Vaticano II no supuso una renovación de la vida religiosa a partir de un gran esfuerzo de “aggiornamento” de las distintas órdenes y congregaciones?

Sin embargo el espíritu del Jubileo nos invita a un proceso profundo de renovación, de volver a empezar, liberarnos de todas las adherencias históricas y regresar al proyecto inicial. El Jubileo es vivir «el año de gracia del Señor», tiempo de conversión, de volver a lo fundamental.

¿La vida religiosa tiene futuro?

Hay síntomas de un cierto agotamiento de la vida religiosa. El dato más claro es la falta de vocaciones a la vida consagrada. Es verdad que varían según los continentes, no es lo mismo en Europa que en América Latina, pero aun así la vida religiosa no tiene gran acogida entre los jóvenes. Las mismas vocaciones que nos llegan, algunas son maduras, pero muchas de ellas en gran parte manifiestan cierta fragilidad en su planteamiento vocacional, hay fuertes inconsistencias, estructuras familiares precarias, carencias afectivas, falta de solidez psicológica y espiritual, —nunca se ha necesitado tanta presencia de terapias psicológicas en las distintas etapas de la formación religiosa—, todo ello

hace dudar de si las nuevas vocaciones podrán sostener los fuertes retos de una vida consagrada cada vez más cuestionada por un mundo cada vez más secularizado, si van a ser vocaciones tan consistentes como para poder resistir en tiempos de intemperie.

Entre otras denominaciones se puede decir que el milenio que acaba ha sido **"el milenio de la vida religiosa"**. Aunque es cierto que la vida religiosa empieza a cobrar forma en el siglo IV, es en el siglo X, con la reforma de Cluny, con lo que la vida religiosa adopta las estructuras que van a permitir configurar todo un estilo de vida durante mil años: ante la injerencia de los señores feudales se acoge a la autoridad del papado, se centra la disciplina alrededor de los tres votos, se fortalece la obediencia al abad y se promueve una profunda espiritualidad. Ante la configuración de las ciudades y la acumulación de riquezas por el comercio aparecen las órdenes mendicantes en el siglo XIII. Antes y después del Concilio de Trento aparecen nuevas órdenes, o se reforman las antiguas, intentando fortalecer a una Iglesia quebrada por la Reforma protestante, ofreciendo espacios de interioridad y de libertad reclamados por el hombre moderno. Con motivo de la Ilustración y la crisis de la revolución francesa en el siglo XIX la vida religiosa reacciona con la aparición de distintas y numerosas congregaciones orientadas a la educación, a la formación del clero, a las misiones populares y, con la expansión del colonialismo, congregaciones específicamente misioneras. De esta manera, la vitalidad de la Iglesia, la capacidad de reacción, hacen que ante los retos de la historia la Iglesia reaccione con una gran creatividad, ofreciendo ricas y variadas modalidades de vida religiosa, que se ha mantenido fecunda durante mil años.

El Concilio Vaticano II inspiró una renovación interna y una apertura al mundo en todas las órdenes y congregaciones religiosas, la vuelta a la inspiración primigenia de los fundadores, el redescubrimiento del carisma fundacional a la luz de los gozos y esperanzas de nuestro pueblo, el abandono de formas y estilo de vida anticuados, aceptar el nuevo humanismo moderno, la formulación de una nueva identidad siendo fieles al proyecto original, pero audaces en su encarnación en el mundo de hoy, permitieron un impulso liberador en el mundo de los religiosos y religiosas. Pero hoy, con más de 30 años de perspectiva nos preguntamos ¿De este ingente esfuerzo, mucho de ello a través de

crisis personales de identidad religiosa vividas con mucho dolor, no se podría haber esperado de ello una mayor fecundidad apostólica y vocacional? ¿Tantas crisis de renovación personal e institucional, de adaptación al mundo moderno, han fortalecido la vida religiosa y su proyecto evangelizador? ¿No intuimos que ante una creciente secularización la vida consagrada esté en retroceso? ¿No se ha agotado ya el Concilio, o, quizás, no nos hemos atrevido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias?

El siglo XXI, el siglo de los laicos

En ambientes eclesiales ya se denomina así el siglo que comienza.

A partir del Concilio se revalorizó la presencia de los laicos, se potenció su formación y, aunque todavía queda mucho por hacer, se les fue dando más responsabilidades en la marcha de la Iglesia, al principio como colaboradores, ahora, todavía tímidamente, con funciones más específicas. Pero podemos esperar gozosamente que en el futuro, con esa sana terquedad de su presencia, se pueda ir conquistando un protagonismo cada vez más contundente.

Los religiosos tenemos un campo de presencia muy limitado, y la sociedad moderna quita cada vez más espacio, precisamente los laicos tienen un campo de acción mucho más amplio y mucho más adecuado para hacerse presentes en el lenguaje y los roles del hombre moderno.

Por otro lado es muy llamativa la presencia y el crecimiento de los movimientos laicos, con estructuras más flexibles, con una ideología que por ser más conservadora es más simple, con una agresividad apostólica menos elaborada y, en gran parte, tendiente a la integración en el propio movimiento; todo ello ha hecho que estos movimientos laicales recojan, a su estilo, el hálito evangelizador y de presencia en el mundo que hasta hace poco se consideraba patrimonio de los religiosos.

El proceso de secularización se va haciendo cada vez más intenso, la autonomía de las instituciones educativas y de asistencia, los programas de voluntariado que resultan más atractivos a los jóvenes que las "ofertas eclesiales", la presencia de las ONG's en las fronteras sociales, las responsabilidades de laicos en proyectos antes dirigidos

por religiosos, todo esto hace que en el futuro la presencia cristiana, el testimonio de vida, los cauces de evangelización sean fundamentalmente responsabilidad de los laicos.

¿Existe un "estado de perfección"?

La mayoría de las motivaciones de un joven o una joven que se acerca a la vida religiosa activa es de intención apostólica: ser misionero o misionera, potenciar una vocación educadora, asistir a los enfermos, atender a los más pobres... Son motivaciones que hay que valorar pues expresan una gran generosidad y un profundo espíritu de servicio. Son ideales de un corazón grande que hay que estimular y hacer crecer.

Estas motivaciones están en la base del proyecto fundacional de la mayoría de las órdenes y congregaciones religiosas y, muchas de ellas, se han esforzado en adaptarse a las distintas lecturas de los signos de los tiempos para seguir respondiendo con amplitud.

Pero tarde o temprano el religioso o religiosa llega a descubrir que muchos laicos, en la Iglesia de hoy, pueden tener ideales de encarnación y de servicio apostólico con la misma radicalidad y generosidad que el religioso. En otro estilo de vida, pero igualmente entregado a una misión apostólica y de servicio.

Antes se definía la vida religiosa en términos de mayor compromiso, mayor radicalidad, mayor fecundidad apostólica. Hoy esta exigencia y esta radicalidad la viven y la pueden vivir los laicos.

Hay que hacer notar que San Ignacio, en el libro de los Ejercicios pone la radicalidad al comienzo de la segunda semana, en la meditación del Rey Eternal, en la opción libre por seguir a Cristo, está clara en la llamada "oblación de mayor estima y momento": *"... quiero y deseo y es mi determinación deliberada de pasar toda injuria, todo vituperio, toda pobreza... queriéndome vuestra majestad elegir y recibir en tal vida y estado"* (EE 98). Es en esta meditación donde Ignacio intenta desatar toda la capacidad dinámica de generosidad, de servicio radical, de identificación amorosa con Cristo y su proyecto. San Ignacio, en un escenario solemne y comprometido, con palabras cargadas de resonancias del *magis* del Principio y Fundamento, señala el mayor nivel de exigencia en el seguimiento radical de Cristo.

Precisamente la consideración de estados y la elección la trabaja Ignacio al final de la segunda semana. En estos párrafos San Ignacio no alude a la generosidad, a la radicalidad, sino a certezas, alternancia de consolaciones y desolaciones, procedimientos más racionales, señalando claramente que se trata de estados que son medios, no fines. El fin es el seguimiento de Cristo, los estados de vida son medios para ese seguimiento.

Es importante insistir en que San Ignacio distingue dos tiempos distintos: el seguimiento como estilo de vida para todo cristiano, y el estado de vida como fruto de una elección buscando el medio más adecuado, por ello podemos decir que la radicalidad y la mayor generosidad no son privativas del estado de vida religiosa. Es más, San Ignacio señala que *"nos debemos disponer para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diera para elegir"* (EE 135).

Muchos jóvenes vienen con el planteamiento vocacional convencidos, que lo máximo que les puede pedir el Señor es entrar en la vida religiosa. Hay que ayudarles a entrar en un proceso de discernimiento donde la radicalidad se pone en su vocación cristiana por el bautismo. Hay muchos laicos profundamente entregados que realizan su misión evangelizadora en condiciones mucho más difíciles que muchos religiosos, donde la tentación de instalación es más fuerte. Y, por supuesto, hay religiosos enteramente generosos.

Por lo tanto la "perfección" no se pone en el estado de vida, sino en las actitudes de generosidad, de radicalidad, en el *magis* personal con el que uno quiera vivir su vocación cristiana, su seguimiento de Cristo y su entrega a su proyecto que es el Reino. Esta es la elección fundamental, ya el estado de vida: religioso o laico, es la elección secundaria, el medio más adecuado, no es un fin en sí mismo, es relativo, no se puede absolutizar uno por encima del otro.

¿Qué es lo específico de la vida religiosa?

Esta pregunta se la ha hecho la Iglesia durante más de un milenio, y hay muchas respuestas. Hoy día, ante la extensión de fines apostólicos a las distintas modalidades de compromiso laical, y ante la repercusión también para los laicos de las categorías de radicalidad y generosidad ¿dónde ponemos lo más propio de los religiosos?

Muchas veces, al hablar de la vida religiosa, ponemos el énfasis en el hacer: nuestra misión, la "especialización" de la orden o la congregación, las actividades, las obras. ¿Cuántas veces cuando a un religioso o religiosa nos preguntan cómo estamos respondemos contando todo lo que hacemos?

Creo que la definición de la vida religiosa no viene tanto por el hacer sino por el ser. Partimos de la consideración de que todo cristiano está llamado a la santidad, en llegar a **ser ricos en Dios**. Es verdad que la santidad no es patrimonio exclusivo de la vida religiosa, que se puede vivir en todo estado y, ojalá, se promuevan más testimonios de santidad en la vida laical. Pero se puede entender la vida religiosa a partir de una experiencia fundante, casi siempre definida en las distintas familias religiosas: "servir sólo a Dios", "solo Dios basta", en El solo poner la esperanza", "la mayor gloria de Dios". Este ser rico en Dios remite al tesoro escondido del Evangelio, este tesoro no es evidente, hay que buscarlo, y ello lleva a un camino de renunciaciones, de liberación, de discernimiento, para ver si este "solo Dios" se convierte en un absoluto donde todo lo demás es relativo.

Esta idea de presencia total y absoluta, de una vida dedicada a vivir una comunión gozosa y fecunda nos puede remitir a una relación de pertenencia, de consagración. Se trata de una totalidad afectiva, aun en la obscuridad de la fe se percibe como una certeza tal que se desea consagrar toda una vida a cultivar y hacer crecer esta comunión.

Es cierto que esta experiencia de Dios no es exclusiva de la vida religiosa, todo cristiano puede vivirla en profunda intensidad. Pero la vida religiosa propone un estilo determinado para vivir esta presencia que es la **consagración**. Para entenderlo nos puede servir una analogía: en el sacramento del matrimonio la presencia de Dios viene dada a través del amor del cónyuge, precisamente ese es el sacramento, el signo, el amor del esposo o de la esposa es el camino mediatizado de la presencia de Dios, este signo es de tanta intensidad que la Iglesia lo valora como sacramento. En la vida consagrada se renuncia a la presencia de una esposa o un esposo como mediación de Dios, la presencia de Dios tiene una connotación simbólicamente conyugal, es decir, es tan absoluta que no permite otras presencias relativas, es excluyente de otras presencias, como la vida matrimonial también es exclusiva y excluyente. La raíz de la vida religiosa se

constituye por la experiencia de la exclusividad de Dios, es tal **la intensidad de la presencia** que Karl Rahner la define como "un sentimiento agudo del Absoluto de Dios".

Y todo ello vivido en **la peculiaridad de un carisma**, de una inspiración que convoca a un estilo de vida y a un estado de vida. El carisma es teofanía, contemplación de un aspecto particular de la realidad de Dios y también de la realidad de uno mismo ya que provoca resonancias existenciales que llaman a una comunión.

Este carisma **se encarna en una espiritualidad**, en una visión de Dios, en una plasticidad del seguimiento de Cristo, y en una inspiración para potenciar las posibilidades del hombre, de manera que esta riqueza de Dios se cultive, se celebre, se haga expansiva, se comparta con nuestro pueblo: ser ricos en Dios para darlo a otros. En concreto la Compañía de Jesús no se creó sólo como una empresa apostólica, sino más bien a partir de la experiencia dinamizadora de los Ejercicios Espirituales, una espiritualidad que inspira no sólo un estilo de vida, sino una comunidad "*de amigos en el Señor*".

Ante un mundo que promueve el individualismo, donde las respuestas solidarias se consideran descartadas por utópicas, donde el ensimismamiento del "walkman" y del cordón umbilical a una pantalla son signos de una tendencia al aislamiento, la vida religiosa ofrece **la comunidad como signo** de una fraternidad inspirada, de unas energías espirituales que ponen al servicio de un proyecto común, no sólo en el sentido apostólico que de por sí ya es valioso, sino proyecto de una comunión creciente con Dios, con los hermanos, con el pueblo a quién servimos... y comunión consigo mismo, esta **comunión inspirada** se hace signo visible en el mundo de hoy para abrir caminos de relación: abrirse al Otro y a los otros en un estilo de vida inspirado e inspirador.

Los votos como signos de consagración

En el mundo de hoy el materialismo está presente en su haz y en su envés, por un lado el materialismo por exceso de la sociedad del bienestar, de la obsesión por el consumo, donde las reglas del mercado son las que mandan, donde la esclavitud de cuidar la imagen y mantener un *status* invade capas sociales, donde los valores del espíritu

están en retroceso; por otro el materialismo por defecto de tantos millones de pobres que viven en condiciones infrahumanas, donde no pueden aspirar a valores del espíritu conseguidos por la educación o por la plataforma de una vida digna, ya que todas sus energías se centran en sobrevivir. En este contexto **el voto de pobreza** supone una renuncia a esa posesividad enfebrecida de la sociedad de consumo, y una comunión con los que nada poseen, viviendo con un estilo de vida que no nos aleje de ellos, sino que nos sientan cercanos, solidarios y llenar con espiritualidad el abismo que separa estos mundos —el rico y el pobre de Lc 16—, ante tanto materialismo vivir y hacer vivir los valores del Espíritu: un signo de libertad, libres de la posesión para liberar a los desposeídos.

Muchas veces las explicaciones dadas sobre **el voto de castidad** son un poco forzadas, se centran en términos de servicio, de una mayor movilidad, de estar más disponibles, como si se tratara de sublimar los impulsos de la afectividad por medio de la acción, sino precisamente aludir a la afectividad, a una canalización la presencia de Dios que llena plenamente, no necesito otras afectividades porque “solo Dios basta”. Lo cual no significa renunciar a ser querido y a querer a los demás, es sano psicológicamente tener la afectividad centrada en relaciones maduras y autónomas, pero sostenidas por una relación fundante: “*amigos en el Señor*”, es la comunión con el Señor la que da sentido a todas mis relaciones, entonces el voto de castidad no se sostiene ni en la represión, ni en las renunciaciones, ni siquiera con argumentos de disciplina conventual o apostólica, sino con argumentos de consagración total: con todo el cuerpo, la mente, el alma y el corazón. Y esto, hecho signo para el mundo de hoy, no es más que integrar la sexualidad y la afectividad en una espiritualidad que llena plenamente la vida, es desde la plenitud del amor a Dios y a los hermanos donde la castidad se llena de sentido.

Se insiste en el mundo de hoy en términos de autonomía, de realización personal, de sacar adelante los propios proyectos, se privilegia el individualismo y se aplaude el éxito personal, incluso la tentación de arribismo es fuerte, **el voto de obediencia** es una opción valiente por los proyectos comunitarios, defender que las utopías corporativas se puedan realizar, que la voluntad de Dios se manifiesta

en la integración de una comunidad en búsqueda y discernimiento, parafraseando: "vox comunitatis, vox Dei".

De esta manera los votos se viven en una especie de **comunidades de contraste**, es decir, son contraculturales, y por lo tanto se convierten en una alternativa de originalidad, se hacen signos para nuestra sociedad, ofrecen creatividad espiritual, inspiración profundamente liberadora, expresiones de plenitud, que nunca tendrán éxito social, pero pueden ser atractivas para aquellos o aquellas que buscan un sentido de profundidad y desean poner a Dios en el primer plano sus vidas.

Recuperar la lealtad

La opción por la vida religiosa supone mantener la lealtad a una palabra dada: los votos y la integración en un cuerpo comunitario. Hoy día nuestra sociedad vive en la provisionalidad, no hay proyectos a largo plazo, y peor, da miedo hacer opciones de por vida. En las parejas, el compromiso matrimonial se relativiza: "estaremos juntos mientras la convivencia vaya bien, si no, nos separamos". En la vida religiosa la palabra dada se relativiza, a la primera crisis fuerte se plantea la salida, no se lucha por la vocación, muchas veces la presencia de un enamoramiento se toma como un fatalismo al que hay que acceder renunciando fácilmente a compromisos de vida adquiridos.

¿Dónde está la lealtad a Dios, a una palabra dada, solemnemente, para permanecer en su consagración a las duras y a las maduras?

Se supone que la experiencia fundante fue suficientemente discernida y confirmada para que toda mi afectividad, mi historicidad, mi existencia se mantenga en el "solo Dios basta".

¿Dónde está la lealtad a los compañeros o compañeras con los que has orado, trabajado, vivido, soñado y llorado juntos? A veces, cuando hay una salida llevada con cierta facilidad queda una sensación de dolor, no sólo por el desgarrón afectivo que supone, sino, sobre todo, porque se vive casi como deserción, es tan intensa la comunión que se establece en la vida religiosa, que cuando un compañero o compañera se retira, se siente como una ruptura en la comunión. En el discernimiento de una salida ¿pesa el planteamiento de quedarse por lealtad a personas concretas con las que estoy en el mismo barco?

¿Dónde está la lealtad consigo mismo? Un signo de madurez es respetarse a sí mismo, respetando los planteamientos de proyecto de vida que me hice a mí mismo. Vivir reconciliado consigo mismo es mantener una estructura de opciones existenciales, opciones que se tomaron en tiempo de consolación, que se sostienen precisamente en tiempo de crisis, es construir sobre roca para sostenerse en las tormentas y vendavales. Ser consecuente consigo mismo es un signo de madurez y de libertad interior.

No cabe duda que para Ignacio el tema de la lealtad es tremendamente movilizador. Como caballero su lealtad al emperador fue radical, hasta defender, contra toda esperanza, la ciudadela de Pamplona. Sus sueños de lealtad los trasladó del rey temporal al Rey Eternal, con una palabra lo dice todo: "los que más se querrán afectar..." (EE 97).

De la experiencia fundante a la experiencia fundacional

A veces se critica la insistencia en la experiencia fundante como una tentación de vivir anclado al pasado, se tuvo un encuentro gozoso con Dios, sobre el cual construir toda una existencia consagrada, y siempre, sobre todo en momentos de crisis, se remite al pasado para vivir de las resonancias de esa experiencia.

No cabe duda que en todos los casos, los proyectos fundacionales de cada orden o congregación religiosa nacieron de la experiencia existencial de una llamada y una inspiración del respectivo fundador o fundadora, por supuesto con los respectivos vericuetos históricos, de la experiencia fundante se pasó a la experiencia fundacional, de una experiencia de Dios a un proyecto institucional.

Esto significa que es en el proyecto a realizar, en el futuro, donde se confirma la experiencia de Dios. No sólo es un estilo de vida asumido, sino ofrecer al mundo una utopía evangélica, a partir de una inspiración determinada, que ofrezca una alternativa histórica, una concreción parcial y humilde del Reino.

En el caso de la Compañía la experiencia fundante de los Ejercicios se convierte en una encarnación institucional y en un proyecto apostólico ambicioso.

Por lo tanto la auténtica experiencia fundante es dinámica, es inspiradora, para que no se quede en un solipsismo, se convierte en fuente de fecundidad apostólica, que si es gratificante, se puede convertir en una serie de pequeñas experiencias fundantes que confirmen y prolonguen la experiencia primordial.

Refundar la vida religiosa: algunas intuiciones

Hoy la experiencia fundacional exige una nueva formulación. ¿Cómo responder en el siglo XXI a los desafíos equivalentes que inspiraron formas de vida determinadas en su momento? ¿Cuál es el “kairos” que inspire la refundación de la vida religiosa, o la fundación de formas nuevas?

En primer lugar se impone una **lectura de los signos de los tiempos**. Hoy el mundo cambia vertiginosamente, la percepción de estos cambios exige una gran agilidad de comprensión.

A esto se une también una relectura de las actitudes de los fundadores y fundadoras: recuperar los rasgos de audacia, creatividad, imaginación, y traducirlos al mundo de hoy, leer las respuestas que dieron a los problemas de su tiempo; cambiarán las encarnaciones concretas de estos rasgos, pero se mantendrán las actitudes que motivaron su proyecto vocacional. ¿Qué significa ser audaces, creativos, imaginativos apostólicamente, hoy? ¿Qué respuestas daríamos a los interrogantes que plantea el mundo de hoy?

Creo que los religiosos vamos a **estar más a la intemperie**. Saldremos de nuestros invernaderos protegidos: buenas propiedades, instalaciones adecuadas, seguridades jurídicas y tributarias. El mundo de hoy ya no considera a las órdenes y congregaciones como exentas, sino que tienen que entrar en competencia con otro tipo de instituciones, a incluso demostrar su competencia en el sentido de categoría profesional, categoría moral, categoría espiritual.

Esto lleva a **renunciar al clericalismo**, entendido como casta social, como grupo de poder, normalmente asociado a privilegios, cultivando, consciente o inconscientemente, unos signos de *status* social. En la forma de vivir, de vestir, no considerarnos separados, no olvidemos que la traducción hebrea de separado es fariseo —“*no soy como los demás hombres*”—. Ser audaces para llevar la mística del

misterio de la Encarnación hasta las últimas consecuencias. Eso no significa que nos asimilemos al estilo de vida laical, los laicos no quieren que les imitemos, sino que seamos auténticamente nosotros mismos, auténticos en nuestra identidad, por lo tanto no poner la identidad en la pertenencia a una clase, en signos exteriores de identificación, la identidad se descubre en el ser, no en el aparecer, en "un modo de proceder" inspirado en el carisma fundacional. Es más, hay congregaciones de hermanos que desean reaccionar ante una visión clericalizada de su vida consagrada que la consideran más bien como una imposición. Hay que descubrir nuevas formas de ser religiosos renunciando a esquemas mentales y sociales de otras épocas: ni clérigos, ni laicos, sino algo nuevo, y que la vida religiosa sea una continua novedad para la Iglesia.

Ya estamos viendo que los laicos serán protagónicos en el siglo XXI. Los religiosos ya estamos empezando a dejar en sus manos gran parte de nuestras obras apostólicas y educativas, y esto no sólo por la falta de vocaciones y el envejecimiento natural de nuestras comunidades, sino por opción de darles a ellos la responsabilidad. Los religiosos tendremos que renunciar a ser dirigentes y propietarios, **acostumbrarnos a ser corresponsables con los laicos**, más audazmente, a ser colaboradores de los laicos, ser menos autosuficientes y aprender de ellos, potenciando un diálogo abierto y franco, y ofrecerles de nuestra parte un papel más humilde, más en la línea de asesoría inspiradora.

Será necesario **crecer en movilidad**, entendida como desinstalación. En un mundo tan globalizado, donde hay tanta facilidad de viajes rápidos, de comunicaciones a través de tantos medios de interacción, buscar una mayor y mejor presencia, estar más atento a dónde ofrecer un mejor servicio, renunciar a grandes instalaciones no tanto de medios apostólicos, sino de instalaciones existenciales, de tentaciones de aburguesamiento, ser más ágiles, dejar en manos de los laicos aquellas "empresas apostólicas" que demandan estabilidad, proteger grandes inversiones, para ser sanamente misioneros, con capacidad de desplazamiento, también desplazamientos interiores, ser más disponibles para estar ahí donde haya más urgencia, un servicio más universal.

Precisamente el Jubileo pide un esfuerzo de reaccionar frente a la acumulación, a las adherencias institucionales y económicas que dan seguridad, renunciar a un "voto de estabilidad" que tiende al acomodo ¿no irá por aquí "el volver a empezar" que pide el Jubileo?

Una característica de la vida religiosa misionera es **estar con los que nadie está**, no conformarnos con atender a aquellos que nos buscan, que son de fácil convocación, sino intensificar una pastoral de alejados, ir donde los más abandonados, esto remite a lo anterior sobre la desinstalación, pero es más, es dejar los noventa y nueve ovejas por ir a los más desposeídos, más marginados. Si esto lo visualizamos a nivel continental pienso en África, un continente abandonado, a la deriva, desbordado por el hambre, las matanzas y el SIDA, un continente totalmente marginado porque no hay mercado, no son consumidores, por lo tanto no son personas. ¿Qué significa ser misioneros en el siglo XXI? ¿Dónde están aquellos a los que hoy buscarían nuestros fundadores?

Ser capaces de **ofrecer al mundo un excedente de espiritualidad**, por nuestra capacidad de contemplación, no sólo del misterio en sí mismo, sino por tener una mirada contemplativa del mundo de hoy poder cultivar una dimensión de profundidad en un mundo donde la superficialidad, incluso la frivolidad, es lo que se vende. Hay sed de espiritualidad, los religiosos podemos beber en nuestro propio pozo, y dar de beber de él a nuestro pueblo. Muchas espiritualidades de la vida religiosa se han hecho extensivas a los laicos, y los laicos han enriquecido estos patrimonios de espiritualidad. Por ello los religiosos estamos liberados de inmediateismos temporales, para poder seguir haciendo fecunda, con imaginación, la presencia del Espíritu. Las órdenes contemplativas con su serena invitación a la oración, a partir de su capacidad de acogida, con sus bellísimas acciones litúrgicas. Las órdenes y congregaciones de vida activa intentando hacer siempre nueva la integración entre contemplación y acción.

Deseo terminar con una paráfrasis de una famosa frase de Karl Rahner: **el religioso del siglo XXI será un místico o no será.**